



NUM. 49. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE DICIEMBRE DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 40 á 45 pesos.

AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



Demasiado graves y amargas son las reflexiones que se agolpan á la imaginación al considerar las consecuencias que pudiera haber tenido el proceso recientemente visto en París, relativo á una mujer acusada de parricidio! Esta infeliz, llamada la señora Doi-

ze, se habia confesado autora del crimen nefando de haber dado muerte á su padre. El jurado, en atención á su dolor, á sus lágrimas y á la circunstancia de hallarse embarazada, halló en el caso motivo para atenuar la calificación y se la conmutó la pena de muerte en la de cadena perpétua. ¡Y sin embargo esta desdichada era inocente! Los verdaderos asesinos están ya en poder de la justicia y han probado que la señora Doi-ze no tuvo parte alguna en el horrendo delito que se le atribuía.

¿Cuál fue el motivo de su confesión? Hallábase como hemos dicho embarazada, y la tenían encerrada en un oscuro calabozo, sin luz, sin comunicación, sin consuelo. Los dependientes de justicia interesándose por ella y viendo que según los méritos que arrojaba la causa sería condenada á muerte, la aconsejaron que confesase el crimen, diciéndola que su arrepentimiento y confesión podrían ser considerados como circunstancias atenuantes y que este era el único medio que le quedaba de salvar su vida y la de su hijo. Animada de este deseo, y apurada por los tormentos materiales y morales que experimentaba, se declaró reo, siendo inocente. A no ser por esto, á no haberse confesado culpada, la infeliz habria muerto en el patíbulo y su rehabilitación habria llegado tarde, pues solamente despues de la sentencia definitiva es cuando se ha descubierto á los asesinos y cuando se ha probado su inocencia.

¡A cuantos errores no está sujeta la conciencia hu-

mana! Ante hechos de esta naturaleza, es imposible dejar de comprender todo lo que tiene de antisocial la pena de muerte. Ya no solo está demostrado que es posible la aplicación de esa pena en casos en que la ley no la consiente, sino que resulta también probado que en algunos otros el error se sobrepone á la verdad, tomando todos sus caracteres, y que con la ley en la mano los tribunales pueden condenar á muerte á inocentes.

Tenemos una fundada confianza en que no terminará el siglo XIX sin que la pena de muerte haya desaparecido de todas las naciones cultas. La revolución francesa de 1848 y la constitución española de 1856, la abolieron para los delitos políticos, y estuvieron á punto de abolirla en las demás; la revolución romana la suprimió completamente; la Inglaterra no la pone en práctica sino en casos rarísimos, habiéndola sustituido con la deportación. La última revolución griega acaba de abolirla también en las causas políticas. La tendencia, pues, del siglo es la abolición del patíbulo, la supresión del verdugo.

Lúgubre principio de revista es este; pero no podemos remediarlo: hay cosas que no se pueden tratar sino en serio. Tenemos además que anunciar el triste suceso del fallecimiento de don Agustín Durán, director de la Biblioteca Nacional. Aun calientes las cenizas de un modesto y pobre escritor, don José María Larrea, cuyo entierro se verificó en la semana pasada en presencia de un corto número de amigos, y cuya familia desvalida recibirá un socorro de las empresas teatrales, se verificó la muerte de un literato y erudito distinguido que ocupaba, merced á su mérito, un puesto eminente en la literatura y en el Estado. No estamos tan sobrados de hombres modestos ni de hombres eminentes que puedan dejar de deplorarse amargamente estas sensibles pérdidas.

Ambos dejan un vacío en el corazón de sus familias y amigos, en las letras y en las filas del progreso general del saber humano. El señor Durán deja además una vacante. El gobierno, según uno de sus órganos, no ha pensado todavía en llenarla por respeto al finado. La opinión pública, sin embargo, se ha fijado en el señor Hartzembusch para cuando llegue el caso de la provisión de esta plaza. Creemos, en efecto, que pocos literatos habrá mas á propósito que el señor Hartzembusch para este destino, así por su vasta erudición como por el conocimiento que tiene de la Biblioteca.

Si es verdad que año de nieves año de bienes, los

bienes del año de 1863, que se nos anuncia precedido de grandes nevadas, fuertes huracanes, lluvias, naufragios, tempestades é inundaciones van á ser inmensos. Las cortes españolas se han abierto el primero del actual con un discurso de la corona, en que se dice que los progresos de la civilización exigen que se dote al Erario público de nuevos y mas cuantiosos recursos. De modo que por de pronto podemos tener por seguro que este año las nieves serán un verdadero y buen pronóstico para el Erario. La apertura se verificó en el palacio del Senado, á fin de restablecer el turno riguroso que se habia interrumpido por haberse celebrado en el Congreso dos veces esta solemne ceremonia; cosa que habia ya llamado la atención de los extranjeros, los cuales nos empezaban á notar de poco escrupulosos en materias de tanta importancia.

Siguen presentándose candidatos para la placita de rey de Grecia. Los últimos de que tenemos noticia son un príncipe sueco y otro de la casa de Nassau. El príncipe Alfredo de Inglaterra habia ganado mucho en la semana última; pero dicen que solo se apoyó esta candidatura para dejar fuera de cuestión al duque de Leuchtenberg protegido por la Rusia. Luego que Inglaterra vió que Rusia tenia su candidato, presentó el suyo, hasta que la Rusia ha prometido retirar la candidatura. Hecha esta promesa, la Inglaterra ha desistido de apoyar al príncipe Alfredo. De aquí las probabilidades de los *terceros en discordia*.

De propósito no hemos puesto arriba entre los difuntos de la última semana al ministerio italiano presidido por el señor Ratazzi, que ha fallecido de una crisis parlamentaria y hoy se trata de darle un sucesor. No podemos deplorar su muerte, y no queríamos hacerle partícipe de los honores fúnebres que tributáramos á los señores Larrea y Durán. El ministerio Ratazzi ha dejado la Italia en peor estado que la encontró y ha defraudado las esperanzas que su subida al poder habia hecho concebir. Las dificultades para su reemplazo son, sin embargo, grandes, porque Víctor Manuel quiere contentar á todos, lo cual es empresa de mayor habilidad quizá de la que posee S. M. italiana.

Ya está colocado en la sala de sesiones de nuestro Congreso de diputados el hermoso cuadro del señor Casado que representa el juramento de las primeras Cortes de Cádiz. Ocupa el hueco de la izquierda de la presidencia: el de la derecha se reserva para el que está pintando en París el señor Gisbert y que ya estaria concluido, si la delicada salud de este distinguido artista

no le hubiera obligado á suspender en algunas temporadas todo trabajo.

Ambos cuadros son dignos de las Cortes y de los excelentes pintores que los han ejecutado. El público ha juzgado con el favor que se merecía el del señor Casado, cuyas excelentes dotes de artista no necesitamos encarecer: y en cuanto al cuadro del señor Gisbert, que hemos visto en París muy adelantado, estamos seguros de que será un nuevo título de gloria para el autor y un motivo más de satisfacción para el arte español.

Se han publicado en la *Gaceta* las condiciones de la subasta para las obras de fábrica del viaducto que ha de cruzar la calle de Segovia, uniendo los dos cuarteles de San Gil y de San Francisco por medio de una ancha y recta calle. Cerca de uno de los extremos de esta calle está el Palacio real; cerca del otro edificio de los Consejos. Esta grande obra se llama de utilidad pública y en ella van á gastarse muchos millones, con cuyo objeto y para atender á esta clase de obras se han aumentado hace tiempo los derechos de entrada de varios artículos. Así vamos pagando insensiblemente y al fin nos encontraremos la gran mejora de esa calle, por la cual se puedan comunicar grandemente las tropas que habitan los cuarteles de San Francisco con las que se establezcan en San Gil y la Montaña. El cuartel de San Gil sirve para caballería y artillería; los de San Francisco para infantería; y los de la Montaña servirán para infantería é ingenieros: de manera que podremos tener el gusto de ver maniobrar un completo cuerpo de ejército en toda la estension de la calle susodicha. Ventajas como esta nunca son caras, por mucho que se gaste en obtenerlas.

El teatro del Circo nos ha dado el miércoles una zarzuela nueva en tres actos que se titula *La niña de Nieve*, letra del señor Cuevas, música del señor Reparaz. La música es en algunos pasajes bella y delicada; en otros muchos decae; la acción se anima en el segundo acto y decae también notablemente en el último. El efecto general ha sido pues, regular. La Rodríguez desempeñó bien su papel como actriz; su voz es buena, aunque de poca estension. Plo fue aplaudido del mismo modo, es decir, mas como actor que como cantante.

El teatro de Oriente comienza á reponerse de sus indisposiciones. El jueves dió la *Lucrecia*, que salió bien. La empresa ha recibido *La Forza del Destino*, de Verdi, tomada según parece de *Don Alvaro ó la Fuerza del Sino*, drama romántico del clásico duque de Rivas. Dicen que es cosa buena.

Reina el mas profundo silencio sobre nuevas obras dramáticas ó líricas en los demás teatros, pero creemos como dijimos en la revista pasada que durará poco. Así sea.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CUATRO PALABRAS

SOBRE LA ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

(CONTINUACION.)

V.

El cuadro llamado en el catálogo *Episodio de Trafalgar*, debido al ya acreditado príncipe de don Francisco Sanz, es una de aquellas obras en que mas que las bellezas y calidades artísticas, sobresale el ingenio del autor. Por cima del acierto en la distribución de las figuras y accesorios, de las armonías de colorido, acordes completamente con la naturaleza del asunto, y de no pocas bellezas de forma, descuella el carácter peculiar del pintor fantástico, vigoroso, audaz y mal avenido con la sujeción que impone la monumental severidad propia de ciertos géneros de pintura en que tiene menor espacio, aunque solo sea en apariencia la inventiva.

El cuadro del señor Sans representa una escena terrible y angustiada: varios marineros, hombres de diverso carácter, de edad y condicion, pero de temple enérgico y duro, según lo demuestran con la mayor viveza sus semblantes y actitudes, se agrupan en una peña contra la cual se ha estrellado la nave que tripulaban. A sus pies, las turbias y amenazadoras aguas les arrojan: entre restos de buques destrozados el cadáver de un compañero, mientras sobre sus cabezas aparece el estrellado casco, cual si coronase tan desastroso espectáculo un presagio de nuevas desgracias.

El desaliento, la desesperación y la impotencia contra la furia del mar están expresados de tantos modos cuantas son las figuras, y combinadas tan dramáticamente estas diferencias de expresión, que unas á otras se realzan y prestan mayor verdad y energía. La disposición general del conjunto predispone á primera vista el ánimo de un modo siniestro, y singularmente la luz, luz fatídica y como relámpago permanente que se concentra en la parte principal del cuadro dejando el resto en una penumbra de color terroso y vago, completa el aspecto aterrador de la escena. Esto mismo hubiera imaginado Goya si hubiese intentado representar una

catástrofe sin deslizar, como de continuo lo hacia, alguna rutina que desnaturalizase el asunto: no hallamos mejor manera de rendir nuestro humilde tributo de alabanza.

Pero si recordamos que el pintor ha querido presentar un cuadro de historia con todas las condiciones de lo que hoy se entiende y nosotros entendemos por tal, creemos que ni ha logrado su propósito ni ha tenido bien presente la naturaleza propia de su ingenio al acometer semejante empresa.

En los cuadros de historia la fantasía del pintor, lejos de aparecer y campear con desembarazo, tiene de estar sometida y como oculta bajo la verdad de la representación: el artista es un historiador poético y especial, pero historiador al cabo, que no puede inventar, ó mejor dicho dar á conocer que inventa, sino reproducir lo que el espectador lleva impreso en su mente.

El recuerdo de la gran tragedia con que encabeza sus páginas la historia patria en el presente siglo, existe en la imaginación de los españoles bajo la forma de un esfuerzo gigante y heróico aunque desastroso, de una gloria sangrienta, de una pérdida que honra y cuya imagen viva es el heroísmo con toda su actividad y su firmeza. No puede, pues, representarse episodio alguno de la terrible jornada, sin acción de presente, sin héroe, sin gloria, sin combate. Una porción de hombres arrojados por el mar á una roca, un buque destrozado, un cadáver y despojos de naves despedazadas, no tienen de Trafalgar mas de lo que pudieran tener de una catástrofe marítima cualquiera; y por mas que el episodio sea cierto, los accesorios fijan la condicion de las figuras y la época de la escena; por mas que el autor haya aglomerado accidentes para determinar la significación histórica del cuadro; es mas, aunque todos los personajes fuesen retratos y el pintor lo demostrase plenamente, todavía el cuadro no sería histórico, por falta de parecido, esto es, por no retratar aspecto alguno de los que ofrece á la imaginación de todos aquel memorable infortunio.

El señor Sanz ha reproducido de mil maneras un sentimiento, como el hábil músico reproduce de mil maneras un tema fundamental: en su mano ha estado distribuir el interés de la obra, cada una de cuyas figuras podía ser la mas notable según que su autor la distinguiese; de forma que la que ocupa el lugar preferente é interesa mas al espectador no lo debe á su importancia histórica, sino á que el artista la ha realizado derramando sobre ella mayor luz, colocándola en sitio mas visible, dotándola de mayor firmeza y elevación moral y haciendo resaltar en ella mediante la aparición del desaliento, algo afeminado de un tipo joven, una expresión sublime de rebeldía contra el incontrastable furor de los elementos.

En toda la obra, pues, campea el ingenio del autor que se derrama y desborda animando á su capricho, dando y quitando valor á los diversos incidentes de su cuadro.

Bien es cierto que la historia se puede representar de una manera indirecta y como alegórica, dando á entender un hecho por sus consecuencias; pero aun en este caso es necesario que las circunstancias mas esenciales esten comprendidas en la alegoría, para que el sentido no quede oscuro é incompleto: lo cual no sucede en la obra que nos ocupa.

La pintura de historia, volvemos á decir, está sujeta á tan estrictas condiciones, su severidad es tal, que no permite á la fantasía volar á su antojo ni al artista reflejarse directamente y visiblemente en su producción: ahora bien, el ingenio del señor Sanz no es de los que renuncian á su personalidad ni se contenta con interpretar el sentimiento público ligándose á prescripciones precisas y angustiosas, antes bien se complace en imprimir en sus obras el sello de su poderosa inventiva: por esta razon, al querer reproducir el episodio de un célebre acontecimiento, ha desconocido, no sus fuerzas, sino sus naturales inclinaciones artísticas, por manera que á no haberle sugerido su dramático ingenio felices inspiraciones, hubiera presentado al público un cuadro anónimo sin interés y sin vida.

Con mayor detenimiento hubiéramos querido tratar esta notable pintura, pero se nos ocurre que, cerrada la exposición y entibado el entusiasmo público, el cual no vive tanto de recuerdos como de sensaciones vivas y de presente, pecaríamos de pesadez é importunidad, sino compondiésemos en breves artículos los que nos queda por decir de lo mas importante y escogido que han presentado nuestros pintores. Así, pues, hablaremos en adelante, no con la estension que los cuadros merecen, sino con la que la ocasión permite.

Opuesto al ingenio del señor Sanz, pero como él independiente y poco amigo de someterse á condiciones precisas, el del señor Manzano ha querido brillar de igual manera en el cuadro que representa á la *Familia de Antonio Perez* implorando desde la puerta de la prisión la piedad del presidente de Castilla Rodrigo Vazquez.

El señor Manzano es un verdadero colorista, y por tal se le conoce y aprecia entre los aficionados; pintoresco, voluptuoso y agradable, siempre carece de aquella pasión enérgica del pintor de que antes hicimos mérito, pero en cambio pocos le escuden en delicadeza y buen gusto. Sin embargo, movido de cierto

interés dramático, harto general hoy, ha escogido por asunto de su obra una escena que, á ser representable en pintura, sería quizá la que menos conviniese á su inspiración tranquila y suave: mas no ha llegado el caso de hacer patente la discordancia entre el carácter del asunto y el carácter del autor, porque el asunto no está ni puede estar en el cuadro. La acción consiste en que el presidente de Castilla, aquel Rodrigo Vazquez á quien conoció su siglo por un apodo ridículo que espresaba su falaz cortesía, torcidos intentos y dureza de corazón, no escucha las súplicas de la mujer é hijos de Antonio Perez que piden misericordia, ya que no justicia, para su inocencia. Rodrigo Vazquez no rechaza, no impone silencio á las súplicas que se le dirigen, sino que sigue su camino como si no las oyera; para él no suena voz alguna, ni sus ojos ven la actitud que acompaña á las plegarias. El protagonista de la escena, pues, está como fuera de ella, de modo que el asunto estriba en no ver y en no oír, esto es, en lo que no tiene representación posible. El cuadro por lo tanto se compone de la figura del presidente que rodeado de guardias y apoyado en el brazo de un acompañante, sale de una galería estrecha, quizá demasiado para contener tanta gente; de un carcelero recostado contra la pared y de una familia llorosa que se arrodilla á la puerta de una prisión; de donde solo resulta una concurrencia casual de personas que se encuentran á un tiempo en aquel sitio, afligidas las unas, indiferentes las otras, sin relación alguna entre sí las que no forman parte del mismo grupo, como personajes sueltos de drama que ensayan por separado sus respectivos papeles, ó esperan la hora de comenzar la representación.

Queda solo, según esto, en la obra una muestra de habilidad del pintor, de sus dotes como dibujante y en especial como colorista, la cual es por cierto completa y satisfactoria. La misma verdad, la misma transparencia y entonación agradabilísima que el público ha admirado en las obras presentadas por el autor en exposiciones anteriores, brilla en la presente, pero con mas seguridad y galanura; prueba de que no retrocede ni se estanca, sino que adelanta paso á paso este artista en el difícil manejo del colorido, conciliando dos extremos no siempre bien avenidos, la verdad y la poesía. Respecto del dibujo, no pedimos á los coloristas severidad clásica ni atildamiento académico; nos basta la corrección, y por lo general, la encontramos en el cuadro del señor Manzano con señales de mejorar cada vez mas, merced á la práctica y constante estudio.

Finalmente, los extravíos en la elección de asunto son harto fáciles de evitar, porque su remedio depende mas de la voluntad que del ingenio: bastará al artista no violentar su carácter, no empeñarse en trasladar al lienzo la posición, la energía y fuego dramático de que carece su inspiración placida y galana. La gloria no es tan escasa en las artes, que solo baste para un género determinado.

J. F. G.

LA ESPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.

DEPARTAMENTO HOLANDES.

XII.

Al hablar de la exhibición holandesa, como al visitarla, los ojos, la imaginación cautivada, se fijan instintivamente en el rico y esplendente objeto que ha eclipsado á todos los demás en este departamento. El objeto en cuestión es el diamante llamado *La Estrella del Sur*, perteneciente á varios accionistas ingleses, franceses, holandeses y brasileños. Esta joya de inapreciable valor pesa 125 quilates, y fue descubierta hace cuatro ó cinco años en el Brasil. Su color es blanco, con un ligero matiz de rosa, y su nombre lo deriva del broche, cuyo centro forma, y cuya figura es la de una estrella. Después del Braganza de 1,600 quilates, perteneciente al rey de Portugal; el Maltan, de 367, propiedad del Rajah de Borneo; y del Pitt, de 137 quilates, del emperador Napoleón, *La Estrella del Sur* es uno de los diamantes mas grandes y hermosos que se conocen.

El Koh-i-nur, perteneciente á la reina Victoria, es sin duda mas bello, pero no pesa mas que 102 1/2 quilates. El peso del diamante Nassack, que se halla en la rica colección de joyas del marqués de Westminster, no es mas que de 78 quilates y una fracción, y el de Sancy, del emperador de Rusia, apenas excede de 53. *La Estrella del Sur*, no tiene historia, pero la de algunas de las demás joyas mencionadas es altamente interesante y romántica.

La historia del Koh-i-nur cuyos brillantes destellos iluminan la corona de la soberana del indico imperio, podría proporcionar material suficiente para una novela. Su origen se pierde en la antigüedad mas remota, y en el siglo XIV formaba ya el principal ornamento de la diadema del emperador del Mogol, en la ciudad de Delhi. Desde esta época en adelante fue íntimamente asociado á la historia de la dominación de los ingleses en la India hasta que la Compañía de la India se apoderó de él cuando la anexión del Punjab en 1849 y lo presentó á la reina Victoria.

El diamante de Nassack, exhibido en el departamento inglés, fue tomado durante la guerra contra los Mahrattas, del equipaje de Peishwar, por los soldados del marqués de Hastings, y comprado 20 años más tarde por una suma considerable, después de haber pasado por diferentes manos, por el marqués de Westminster.

El diamante Pitt fue hallado en 1702 en una mina situada á cosa de 20 millas distante de Masulipatam, presidencia de Madrás, por un esclavo que lo ocultó á su dueño y lo ofreció á un marinero en cambio de su libertad. Este se llevó al esclavo abordo de su buque, lo arrojó al mar, y ofreció la joya á Pitt, gobernador á la sazón del fuerte San Jorge, por la ínfima suma de 100,000 reales. Víctima de sus remordimientos por tan atroz crimen, el asesino terminó sus días ahorcándose de un árbol después de haber derrochado hasta el último maravedí.

Apreciando justamente su valor, el regente de Francia abonó á Pitt la suma enorme de 13.000,000 $\frac{1}{2}$ de reales por la joya, la cual desapareció en el saqueo de las Tullerías durante la revolución de 1793 y fue empuñada más tarde por el gobierno de la República á un mercader de Venecia. El primer imperio se apresuró á redimirla, adornando con ella Napoleón I el pomo de su espada de Estado; pero fue capturada por los prusianos en la catástrofe de Waterloo. Prusia la devolvió, sin embargo, á la Francia después de hecha la paz y á esta circunstancia se debe el que hayamos podido admirarla en 1855 en la exhibición universal verificada en París.

La historia del diamante de Sancy no es menos interesante que la de la joya de Pitt. Nacido en la India, se hallaba en poder del duque de Borgoña por los años de 1500, el cual lo llevaba en la batalla de Nancy, en que fue muerto, como un talisman contra los ataques del enemigo, y de cuyo punto tomó su nombre. El cuerpo del duque fue descubierto en un foso por un soldado suizo, que escudriñando sus bolsillos halló el diamante y lo vendió, ignorante de su valor, por un florín á un sacerdote suizo, quien lo trasladó más tarde á la Confederación. Después fué á parar al rey de Portugal, que lo vendió á su vez á un comerciante francés. En el siglo XVI estaba en posesión de un noble hugonote, el baron de Sancy, que se apresuró á ofrecerlo á Enrique III de Francia cuando este monarca se esforzaba en contratar un empréstito en Soleura. Enrique III aceptó la oferta; pero el mensajero que le llevaba el diamante, que según algunos era el mismo Sancy, fue asesinado en el camino, no teniendo apenas tiempo más que para tragarse la joya é impedir que cayera en manos de los asesinos. Su cuerpo fue abierto y extraído el diamante del estómago. La joya pasó más tarde, no se sabe cómo, á la colección de alhajas de la corona de Jacobo II de Inglaterra, que habiéndola llevado á Francia en su destierro, la vendió en un apuro á Luis XIV, por 2 000,000 $\frac{1}{2}$ de reales, yendo á brillar en las sienes del gran monarca en la ceremonia de su coronación. En 1792 desapareció también de las Tullerías con el diamante Pitt, reapareciendo de igual manera durante el imperio. El diamante de Sancy fue vendido después al emperador de Rusia por medio millón de rublos de plata, y constituye hoy el ornamento principal de las alhajas de la corona del imperio moscovita.

El Braganza es el diamante de mayor tamaño que se conoce, pues es como un huevo de gallina, pesa 1,600 quilates, y fue hallado en el Brasil por los años de 1741. Los grandes diamantes sientan bien á las testas coronadas, y la Estrella del Sur no tardará probablemente en ir á adornar alguna de ellas. ¿Por qué no se aprovecha la oportunidad de hallarse en venta este diamante y lo adquiere la corona de España? No es bastante rica para hacer esta compra? Algunos creerán tal vez superfluo este gasto; pero yo opino que es necesario el esplendor á la institución de la monarquía. Francia, Rusia, Inglaterra y Portugal, poseen cada una uno de estos diamantes históricos. La corona de España podría también adornarse con una de estas nobles joyas sin inconveniente.

Los diamantes exhibidos en la Exposición eran de todos los colores del arco iris. Los había de todos los tamaños y de una rara belleza. Aquí brillaba uno como un lucero en una mañana de estío sobre su lecho de terciopelo verde; allí centelleaba otro con un matiz de naranja como los primeros albores de la aurora; acullá lanzaba un tercero sus pálidos fulgores como el sol al caer la tarde; mas allá mostraba otro de color azul un pedazo de cielo desprendido de la altura; y al otro lado representaba el césped humedecido por el rocío de la mañana otro de color verde esmeralda. Hasta diamantes negros figuraban entre los tesoros violentamente arrancados á las entrañas de la madre tierra por la mano del hombre.

Los destellos de viva lumbre producidos por esta colección de piedras preciosas me han inclinado casi á rechazar la atrevida hipótesis de Víctor Hugo y creer que en vez de producir el oro los puntos de intersección de la luz en la tierra, producen el diamante. El Koh-i-nur puede considerarse como el rayo de sol concentrado que trató de aprisionar en vano Averroes.

La interesante industria del lapidario, ejercida principalmente por los judíos en Holanda, ha sido ilustrada

en este departamento con las muestras exhibidas alrededor de la Estrella del Sur manifestando las diferentes faces porque pasa el diamante hasta llegar á adquirir su prodigioso brillo y presentar el aspecto de un conjunto de electricidad.

Holanda no se ha limitado, sin embargo, á exhibir diamantes. Su colección de productos agrícolas é industriales era bastante completa, y entre los objetos de goma, lacre de Rotterdam, había muchos superiores en la forma, aunque no en solidez, á los mismos espuestos por el Japon. Los muebles holandeses son también magníficos, y la ambayna, el palo de rosa y otras maderas de ornamentación empleadas en ellos, son de las mejores y más hermosas exhibidas.

Los holandeses son muy diestros en el arte de hacer cajones secretos, muebles que sirven para diferentes usos, y misterios que solo se revelan al que de ellos adquiere la propiedad. Uno de estos puede usarse alternativamente como consola ó aparador, y un pupitre con altas papeleras desarrolla una escalera al tocarle un resorte, por medio de la cual se alcanza á los cajoncillos más elevados. Su obra de ebanistería más artística y perfecta es sin embargo, un púlpito esculpido de estilo gótico, lleno de esculturitas y pinturas de santos, destinado á una iglesia de Brabante. Las fotografías de los raros y curiosos grabados de Ostade y Rembrandt, son muy esquisitas, y tan claras y distintas que se distinguen en ellas hasta los más minuciosos perfiles y casi se confunden con el original. Los curiosos ornamentos de cabeza de las labradoras de Holanda hechos de bronce y alambre, han escitado mucha hilaridad, y la máquina para enseñar la música á los niños ha llamado la atención por lo sencilla é ingeniosa. Su tamaño no es mayor que el de una caja de música regular; la escala está impresa en la superficie, y por medio de una manezuela, al mismo tiempo que se pone en movimiento el cilindro interior que recorre la escala, un dedo móvil en el frente marca la nota á medida que suena el tono que le corresponde. Entre los objetos destinados á la educación, se veían en este departamento mapas planos y de relieve, de grande interés, y una máquina tan sencilla como eficaz para explicar los principios y la acción del termómetro. Un sombrerero de Amsterdam ha exhibido una caja de sombreros de corcho del peso de dos onzas cada uno, y otro una colección de cepillos sumamente rica y variada.

Holanda ha espuesto también una soberbia colección de velas de esperma, magníficas muestras de este ácido de cristal, y aceites refinados; obras de filigrana de plata, minerales, mármoles, goma, bizcochos, confites, quesos, azúcares, tabacos, pipas, licores y una gran cantidad de preserves de carnes diferentes y legumbres, algunas de las cuales han hecho el viaje de ida y vuelta á Batavia y no obstante se conservan todavía en excelente estado. Los carruajes exhibidos en este departamento se han vendido todos, recibiendo además grandes demandas sus fabricantes, lo cual quiere decir que son buenos y baratos. Entre las máquinas holandesas había algunas agrícolas muy notables, y una silla de montar sumamente elaborada para los cirujanos de ejército en activo servicio, con acomodo en muy pequeño espacio, y al alcance del brazo, de todas las medicinas é instrumentos quirúrgicos que pueden necesitarse en tiempo de guerra.

Entre los tejidos atraían la atención sus blanquísimos y espesos cobertores y los géneros de hilo, á pesar de no estar estos muy abundantemente representados. El encaje holandés trabajado á mano, es tan bello y delicado como los mejores de los demás países.

La exhibición holandesa puede por lo tanto decirse que ha sido excelente, considerando que este país cuenta apenas millón y medio de habitantes y que es más bien marítimo y comercial que industrial y agrícola. Amsterdam es uno de los emporios comerciales de Europa, y sus vastos almacenes contienen acumulados en sus recintos los productos más ricos y preciosos del comercio y la industria del antiguo y el nuevo mundo. La exhibición de este pequeño país ha venido á demostrar una vez más la verdad de que no es el tamaño y el número de habitantes lo que hace á una nación grande y próspera, sino su industria, su energía, y esa constancia indomable vinculada en los pueblos del Norte, que salva todos los obstáculos y alcanza contra viento y marea el objeto que se propone.

J. S. BAZAN.

LA VIDA EN EL OCEANO.

LAS ESPONJAS.—LOS MOLUSCOS.

II.

Las esponjas, de las cuales solo en la costa de Inglaterra se cuentan 56 especies diferentes, pertenecen á esas formaciones problemáticas que están en la línea de demarcación entre el mundo animal y el vegetal y han sido colocadas en uno ó en otro, según los diferentes naturalistas. Sin embargo, como son completamente incapaces de movimiento y carecen de cuerpo animal pueden contarse muy bien entre las plantas marinas. El cuerpo de la esponja está compuesto de una espe-

cie de red córnea, en la que hay una multitud de agujeros y un sistema de canales que conducen el agua; estos agujeros que en la superficie son pequeños como poros van á parar á conductos más anchos. Estos también se vacían por la parte exterior por aberturas más grandes. Según la opinión de un célebre naturalista, el agua entra por los poros pequeños, pasa por los canales y desagua por las aberturas grandes; esta operación se verifica constantemente mientras la esponja está viva, supliendo la nutrición requerida y manteniendo este cambio que tiene efecto tanto en estos seres cuya vida parece tan dudosa, como en las criaturas más grandes. Todas las partes córneas están cubiertas de una sustancia semifluida y glutinosa en la que existe la escasa y simple vida de la esponja; esta sustancia es la que cubre las partes más duras, forma el esqueleto de la esponja y la hace crecer.

Las esponjas se propagan de una manera sumamente extraña; en ciertas estaciones del año los costados de los conductos están cubiertos con una multitud de pequeños puntos ó cuerpos, que no son más que los huevos de la esponja. A medida que crecen se cubren de cilia y luego salen del seno materno para flotar en el agua. Allí se mueven libremente durante algún tiempo, con la ayuda del constante movimiento oscilatorio de la cilia hasta que hallan un punto firme en el que continúan su desarrollo cesando su agitación para tomar una vida quieta y filosófica. Al considerar su sistema de desarrollo no se las puede negar que tienen vida animal, pero hay que advertir que las crías de las algas, aunque son plantas, gozan el mismo privilegio de movimiento.

La esponja común que representa un papel tan importante en nuestros usos domésticos, se pesca generalmente en las islas del Archipiélago y es un ramo importante de comercio.

Los moluscos, de los cuales vamos á tratar ahora, son, por decirlo así, el verdadero paso del animal á la planta aunque desde luego están contados entre los seres vivientes. Su blando cuerpo está cubierto por una piel flexible conocida bajo el nombre de manto, encima ó debajo de la cual, se forman conchas córneas ó calcáreas. Sus órganos más importantes están duplicados y su forma en general es curva, de modo que la boca está contigua á la abertura opuesta. La sangre es blanca y tiene una circulación perfecta; la sangre arterial corre del corazón á todas las partes del cuerpo, vuelve por las venas al aparato respiratorio y después de haber estado espuesta al efecto de la atmósfera, vuelve de nuevo al corazón. Todos los moluscos acuáticos se distinguen de los peces por la carencia de espinas y de vértebras y por la diferencia de sus órganos, de movimiento y de respiración. El célebre Cuvier divide los moluscos en cinco clases, á saber: *Cephalopodos*, que son los que tienen largos brazos que salen desde la cabeza como por ejemplo la gibia; *Gasterópodos*, los que se arrastran sobre su vientre como la babosa; *Pterópodos*, los que tienen aletas en vez de brazos; *Acéfalos* ó animales sin cabeza, como la ostra, y *Braquiópodos* ó animales que tienen brazos en vez de patas. Todos ellos difieren mucho entre sí tanto en configuración como en modo de vivir, de modo que los más perfectos están muy próximos á los animales vertebrados al paso que los más inferiores tienen apenas una organización superior á la de los pólipos.

Los cephalopodos están compuestos de dos partes muy diferente una de otra; el cuerpo, que es semejante á un saco abierto por el frente, contiene las membranas cartilaginosas que cubren las agallas, y el aparato digestivo, y la cabeza bien desarrollada, provista de dos ojos anchos y prominentes y coronada con unas especies de aretas. Estos animales deben su nombre á su forma peculiar porque como las patas crecen alrededor de la cabeza, andan ó se arrastran en el verdadero sentido de la palabra, sobre su cabeza. Según el número de patas ó garras que tienen (las cuales les sirven para moverse y para coger su presa), los cephalopodos se dividen en *octópodos* y *decápodos*. Con el auxilio de las patas, los cephalopodos se arrastran por el fondo del mar ó nadan por la superficie, pero además tienen un movimiento hácia atrás producido por la espulsion del agua por los tubos del aire. En algunas especies que tienen un cuerpo largo y músculos proporcionalmente fuertes, este movimiento es tan violento que se lanzan por el agua como una flecha formando una curva prolongada como el pez volador. Sir James Ross cuenta que algunas gibias pasaban al través, por encima de su buque aunque la altura de este era de 16 pies sobre el agua. Se puede suponer que los cephalopodos con sus patas, su ligereza y su vista penetrante, están bastante provistos de armas ofensivas y defensivas, pero la naturaleza ha dado á la mayor parte de ellos un órgano secreto que produce un jugo negro; cuando el animal se halla en peligro arroja esta tinta formando así una nube oscura en el agua lo que impide que se le vea.

Los cephalopodos se encuentran en todos los mares en un número indecible; en Terranova forman el principal alimento del bacalao y se cogen millones de ellos para que sirvan de cebo en la pesca. Su número se multiplica mucho; en las clases que habitan en un mar libre, los huevos flotan en la superficie y son llevados

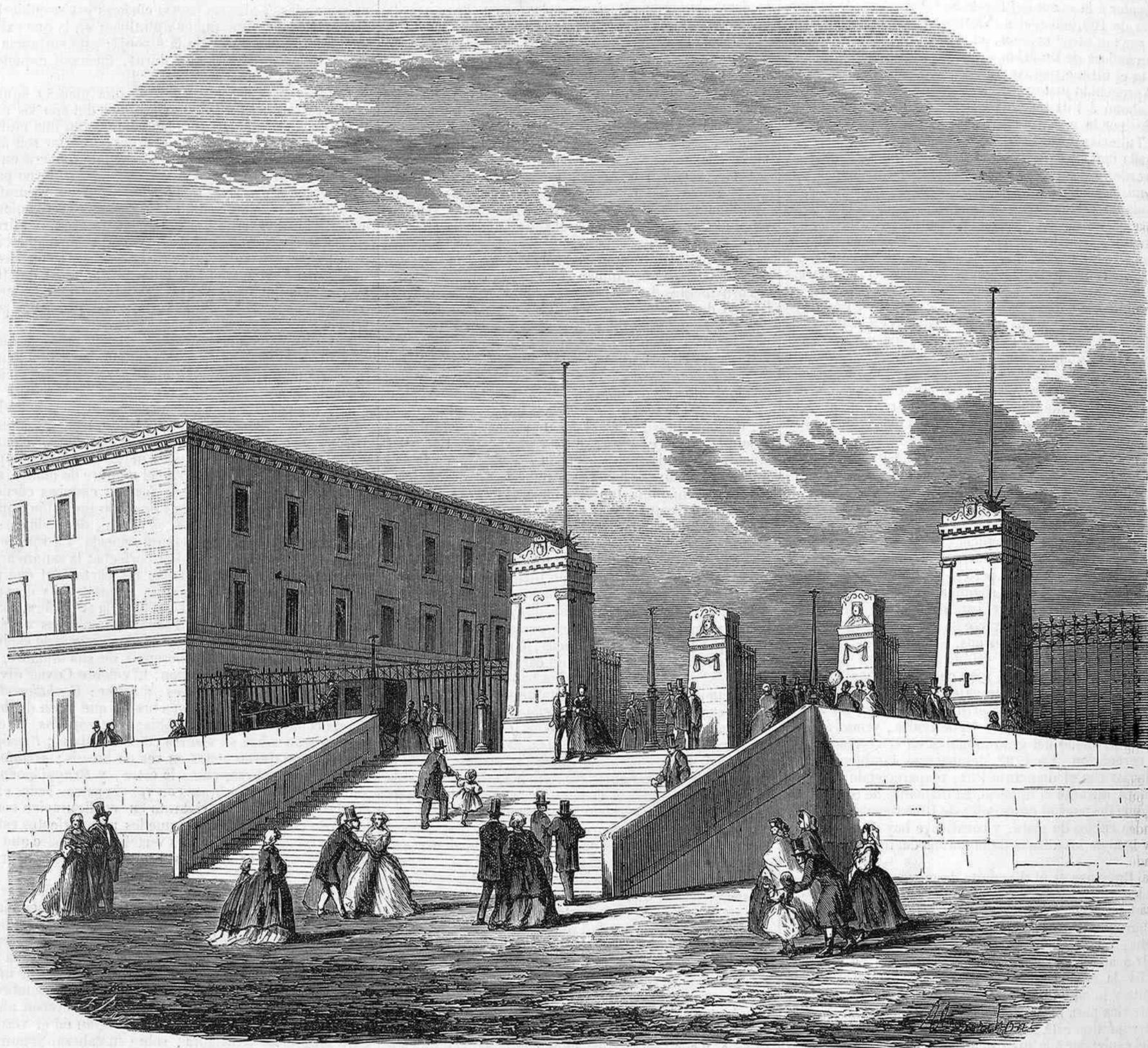
por las corrientes y los vientos formando grandes masas gelatinosas ó rollos cilindricos, muchas veces del grueso del muslo de un hombre. Los huevos de algunas de estas especies tienen la forma de pequeños racimos transparentes ó de pequeñas bolsas negras en figura de pera, cuyos tallos están asegurados en las plantas marinas mas fuertes y seguras. No son empollados por la madre como creían los antiguos, porque ningun animal cuya sangre es fria, tiene esta facultad. El sol es aquí

el gran engendrador de la vida. Los animales de esta clase salen perfectamente formados á la luz del dia y despliegan de una vez sus hábitos de vivir en grupos, rompiendo sus sacos casi al mismo tiempo y nadando juntos. Estos huevos se encuentran con la mayor frecuencia sobre las arenas en las aguas bajas y despues de una tempestad.

Algunos naturalistas y viajeros dignos de crédito citan cephalópodos de un tamaño extraordinario; Peron

cita uno enorme; Pennault, Buffon y otros describen algunos tan grandes para su especie, que cuesta trabajo creer que no hay en su descripción algo de exagerado.

El argonauta que es tambien un cephalópodo se distingue por habitar en una concha frágil. El nautilio, que es un molusco muy raro pertenece á la misma familia; conchas de esta clase se encuentran con frecuencia flotando sobre el mar, pero en general vacías. Grandes cantidades de cephalópodos se hallan á veces



ENTRADA Á LA ESPOSICION DE BELLAS ARTES, EN LA NUEVA CASA DE MONEDA.

en un estado fósil en forma de ammonitas y belemnitas.

En lo que concierne á su desarrollo corporal los gasterópodos ó babosas son semejantes á los cephalópodos; tienen tambien la cabeza que se diferencia mucho del cuerpo y dos ojos negros y brillantes unidos á las patas en la base de las antenas ó cuernos. Su sistema nervioso está menos desarrollado y así como los cephalópodos se mueven rápidamente y cogen su presa á fuerza de diligencia, todos los gasterópodos se arrastran con mucha lentitud sobre una protuberancia carnosa que sale por debajo de su aparato digestivo.

La babosa marina tiene las membranas cartilaginosas que cubren sus agallas en partes muy diferentes; en la generalidad de ellas están en el lomo del animal en una cavidad separada (*pectinibranchiata*); en otros están en el lado derecho, cubiertas por un manto (*tectibranchiata*); otras las tienen al uno ó al otro lado en un pliegue entre el manto y el cuerpo (*cyclobranchiata*); los moluscos de cierta clase (*nudibranchiata*) tienen estas membranas desnudas y juntas sobre el lomo.

En la *aplysia*, que es semejante á un caracol sin

concha, el manto forma dos amplios pliegues que permiten ver las membranas en una cavidad profunda al lado derecho del animal. Una concha, delgada, córnea y transparente, oculta debajo del manto sirve para proteger los órganos de la respiración. Las *aplysias* se hallan en todos los mares, viven en las rocas cerca de la costa y se arrastran sobre las plantas marinas; algunas especies emplean los pliegues del manto para nadar.

Pasando sobre distintos grados llegamos á las *patellæ* que están perfectamente protegidas por una concha en forma de copa. Viven sobre las rocas y se agarran á ellas con tal fuerza, que no se las puede arrancar mas que introduciendo un cuchillo; se agarran tambien á ciertas plantas que cubren las rocas con una ligera capa de verdura, y cuando la marea está alta se arrastran sobre estas plantas que las sirven de alimento.

Los caracoles de mar habitan en aguas de diferentes profundidades segun las clases de los caracoles. El *littorina rudis* están casi siempre fuera del alcance del agua; otros, como por ejemplo el *littorina littorea* y el *buccinum undatum*, viven á mayor profundidad, de

modo que están siempre cubiertos de agua y los *trochi*, quedan á la altura del agua, cuando esta se halla mas baja. Los caracoles de mar vi- en de rapiña ó son hervívoros; los primeros buscan ciertos pescados pequeños que tienen concha, la que penetran con su lengua, semejante á una lima, ó se alimentan de pescados muertos que la casualidad les proporciona. Parecen tener un olfato muy fino, porque las sustancias animales que descienden al fondo, atraen á millares de ellos en una sola noche. Ellos á su vez son presa de otros animales, aunque no tienen enemigos mayores que los asteroides, que no solamente se tragan á los gasterópodos pequeños, sino que tratan de coger y devorar las clases mayores con la ayuda de sus largos brazos.

Los *pteropodos* se mueven con el auxilio de dos nadaderas que salen del cuerpo á manera de alas; no tienen ni patas para andar, ni brazos para coger su presa, pero se acercan á las dos primeras clases de moluscos por tener la cabeza separada del resto del cuerpo. En las *Hyalia*, *Cleodora* y *Erisæ*, la parte posterior del cuerpo está contenida en una concha muy delgada y trasparente, en la que á la aproximación del peligro

el animal recoge la cabeza y las nadaderas dejándose caer al fondo, pero en la clase llamada *Chos*, que es mas bella y que tiene un color de aceituna y de encarnado vivo, el cuerpo está desnudo. Los pteropodos habitan solamente las aguas profundas y raras veces se encuentran en un punto que esté á vista de la tierra. Nadan casi libremente en el agua y son aficionados á salir á la superficie á la hora del crepúsculo. Sus movimientos son muy activos y á veces se los halla unidos á las algas por medio de sus nadaderas. Aunque son animales muy pequeños, se propagan con tanta rapidez que especialmente el *Clio borealis*, forman el principal alimento de la colosal ballena.

Los acéfalos se distinguen de los moluscos mencionados arriba, no solamente por su configuracion mas sencilla sino tambien por la formacion peculiar de su cubierta exterior. Aunque los acéfalos carecen de cabeza como indica su nombre, muchos de ellos tienen ojos brillantes ó por lo menos dan señales de que pueden distinguir la luz y la oscuridad y en general se ha hallado que tienen órganos auditivos.

El caracol de mar, á la aproximacion del peligro se retira á su sencilla morada, cuya abertura cierra con una cubierta; los bivalvos cierran sus dobles puertas y tratan de este modo de escapar del choque desagradable con el mundo exterior. Un ligamento fuerte y elástico une las dos conchas que pueden abrirse y cerrarse por la dilatacion ó contraccion muscular.

En muchos bivalvos, los pliegues principales del manto están en la parte de su vientre separados uno de otro. Su movimiento es en general muy limitado por-

que su formacion no permite otra cosa, pero este mismo movimiento varia segun las clases; el llamado *pecten* se mueve con mas ligereza que el *cardium edule* y este es mas ligero que las *solenacea*. Entre los acéfalos

se han distinguido ya unos cuarenta géneros.

Despues de los moluscos de que acabamos de hablar van los crustáceos, pero tanto esta clase como las de los otros pescados mayores, son en general bastante

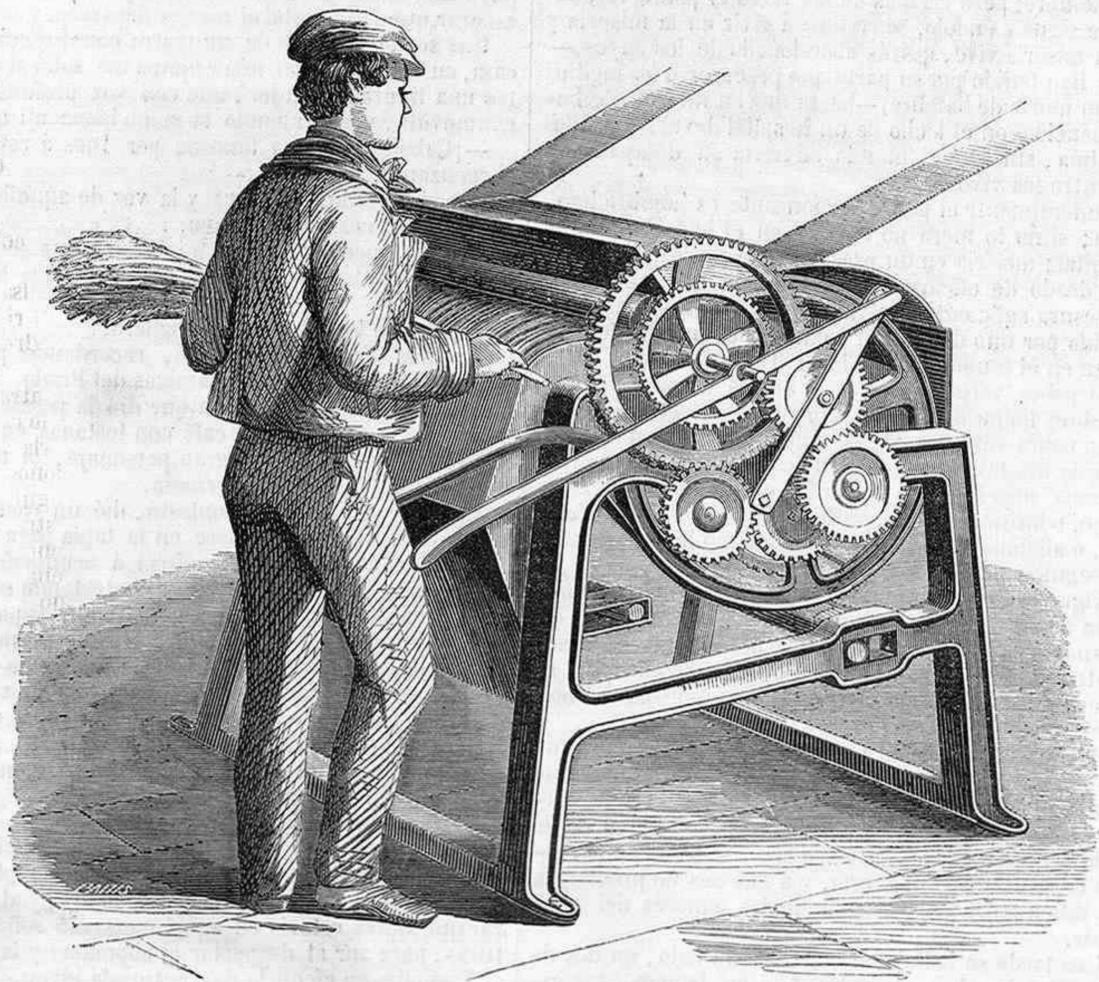
uno de los principales es la ostra, de la cual tienen ya conocimiento nuestros lectores por un artículo que hemos dado acerca de ella en el año corriente, y que nos dispensa de entrar en una descripcion mas detallada.

De los *brachiopodos* se conocen muy pocas variedades hasta el día; como los acéfalos son bivalvos, pero no tienen membranas cartilaginosas que cubran las agallas, y al mismo tiempo su organizacion es inferior. Se adhieren á objetos submarinos por medio de una especie de ligamento carnoso. La boca está entre dos brazos arrollados en espiral sobre el estómago, que sirven para abrir la concha y coger el alimento. Los brachiopodos son de mucha importancia para el geólogo porque hay varias especies fósiles de ellos.

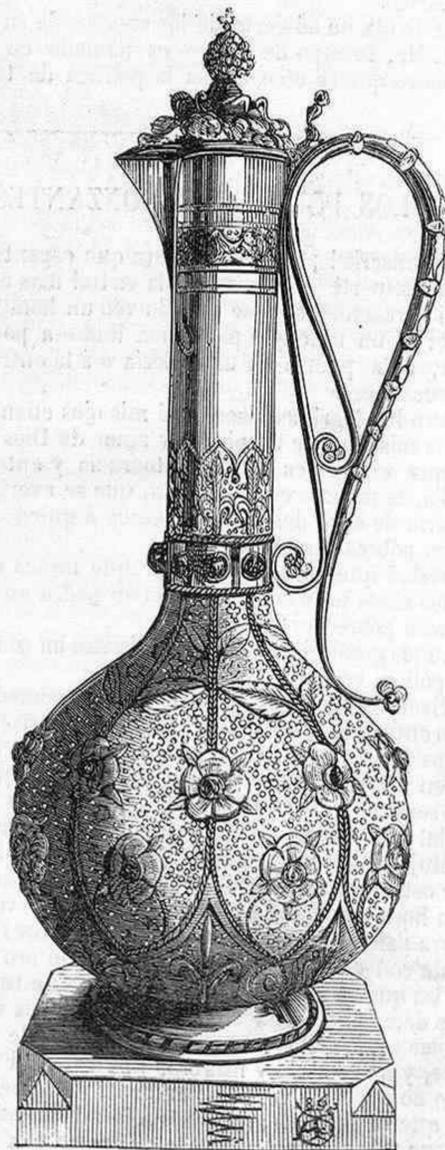
Antes de terminar este asunto debemos decir algo acerca del *bryozoa* y del *tunicata* que están reconocidos por los naturalistas como animales moluscos. Entre los primeros son notables los llamados *flustra*, considerados antes como pólipos, porque como estos habitan á millares un fondo comun, pero en configuracion interior difiere mucho de estos seres tan sencillos. Entre los bryozoa, los llamados *lepraliae* son los que cubren las hojas de las algas formando una delicada red. A la simple vista parecen una gruesa corteza calcárea, pero cuando son mirados en un microscopio hay que admirar en ellos una belleza y una variedad de formas extraordinarias. En el mar Báltico



MR. DROUYN DE LHUYS.



EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.—MÁQUINA PARA LINO



JARRON DEL ESTILO DE LA EDAD MEDIA.

conocidas para dispensarnos de hacer su descripción y únicamente hemos querido ocuparnos de aquellas clases que por lo estrañas necesitan un estudio especial.

A.

MR. DROUYN DE LHUYS.

La importancia de las negociaciones y de las notas de este personaje en los actuales momentos, en que se ventila la suerte de Italia, hacen interesantes las breves noticias biográficas que vamos á dar.

Mr. Drouyn de Lhuys, cuyo retrato verán nuestros lectores en el presente número, nació en París el 19 de noviembre de 1805; y habiendo á la edad competente elegido la carrera diplomática, fue en 1830 agregado á la embajada francesa de Madrid, donde permaneció algun tiempo. En 1836 era ya primer secretario y encargado de negocios en el Haya, donde siguió las negociaciones para el arreglo de la cuestión holandobélgica. Nombrado en 1840 jefe de la sección de comercio en el ministerio de Negocios Etranjeros, á los dos años fue elegido diputado por Melun en union con otros candidatos ministeriales. Pero al discutirse la indemnización Pritchard (indemnización á un misionero inglés protestante expulsado de la isla de Tahiti) se opuso al proyecto del gobierno, y fue destituido de su cargo por Mr. Guizot. Desde entonces se manifestó un terrible opositor, y tanto en sus discursos como en sus artículos en el *Siecle* hizo una guerra sin tregua al gobierno, hasta el punto de firmar con los jefes de la oposición la acusación de Mr. Guizot y de sus colegas.

En 1848 elegido representante por el departamento del Sena y Marne, fue nombrado presidente de la comisión de relaciones exteriores; y cuando Luis Napoleón ascendió á la presidencia de la república, monsieur Drouyn de Lhuys fue ministro de Negocios Etranjeros en el primer gabinete que se formó. En 1849 dejó el ministerio y fue nombrado embajador en Londres, de donde volvió al sillón ministerial para formar parte del gabinete de transición nombrado en enero de 1851.

A consecuencia del golpe de Estado del 2 de Diciembre, fue nombrado vice-presidente del Senado, y poco despues por tercera vez ministro en reemplazo de Mr. Turgot. Cuando se realizó la alianza anglo-francesa para la guerra de Crimea en 1854, Mr. de Lhuys tomó parte en las conferencias de Viena y á la conclusión de ellas renunció su cartera ministerial, y al siguiente año dejó de ser individuo del Senado.

Actualmente ha sido por cuarta vez llamado al frente del departamento de negocios etranjeros en reemplazo de Mr. de Thonvenel y para representar una política menos favorable á la unidad italiana que la del último ministro.

Por lo que se advierte de los sucesos de su vida pública, Mr. Drouyn de Lhuys es llamado en todas las ocasiones que se cree buena la política de transición.

LOS POBRES VERGONZANTES.

¡La miseria! ¡Horrible palabra que espanta al hombre mas fuerte y hace vacilar la virtud mas acrisolada!

Mi corazón se oprime cuando veo un hombre, ó una mujer ó un niño que piden una limosna por amor de Dios, á la puerta de una iglesia ó á la entrada de un teatro.

Pero las lágrimas asoman á mis ojos cuando descubro la miseria que no pide por amor de Dios, la miseria que vive cerca de la aristocracia y entre la clase media, la miseria que se oculta, que se avergüenza; la miseria de esos desgraciados seres á quienes llama el vulgo pobres vergonzantes.

¿Habrá quien pueda asegurar que nunca mendigará en los sitios públicos; pero ¿quién podrá asegurar que no será pobre vergonzante?

En las grandes poblaciones se hallan en gran número los pobres vergonzantes.

Viven en las casas de las personas acomodadas, pasean entre ellas, visten poco menos que ellas; los mendigos llaman también á sus puertas, y en la calle les piden una limosna por amor de Dios, —y quizá algun día seria una fortuna para ellos cambiar su estado por el del mendigo miserable que implora su caridad.

Mujeres hermosas que empleais vuestro oro en hacer ostentoso alarde de vuestra vanidad, que por lucir una hora ó eclipsar á otra tan bella como vosotras, lo derramais á manos llenas; grandes señores que comprais con oro vuestros placeres, y con oro la amistad de los que os abandonarían el día que no tuvierais oro que derramar; hábiles banqueros que dais veinte para tomar cuarenta, y conoceis los secretos de la baja y el alza, y apiñais oro y mas oro, insensibles á todo placer que no sea el de ver cómo aumenta el número de arcas en que lo guardais; usureros miserables que teneis por bueno y honrado oficio el de especular con la pobreza, que dais quinientos cuando os firman mil y despues os presentais ante la ley autorizados con una firma que

habeis arrancado al pobre para labrar vuestra fortuna sobre su ruina; jóvenes viciosos que empleais el dinero de vuestros padres en gastar vuestra inteligencia y arruinar vuestra existencia... acordaos alguna vez de los pobres vergonzantes!

No os satisfaga dar limosna al pobre que os pide delante de gente, ó á la hermosa dama que pide en una iglesia para los de tal ó cual barrio ó acudir á la invitación que se hace á vuestra caridad ó ver vuestro nombre impreso en un periódico que anuncia que habeis dado tanto ó cuanto, para tal ó cual objeto piadoso.

Todo eso es muy bueno, muy meritório, sin duda; pero así como la miseria ignorada, vergonzante, es la mas horrible; la mas digna de compasión, la caridad que no aspira á la admiración de las gentes, la caridad que no se funda en el orgullo ó en la vanidad, es la mas hermosa, la mas meritoria á los ojos de Dios, la que mejor satisface nuestra conciencia, la mas agradecida en fin.

Me preguntareis quizá dónde vive el pobre vergonzante.

Vive en vuestra misma casa, en una habitación mas modesta que la vuestra; le encontráis alguna vez en la escalera; le saludais cortesmente, os visita quizá, su familia va á la iglesia cuando la vuestra, sus hijas imitan como pueden los trajes de vuestras hijas... Pero entrad en su habitación y vereis la miseria en toda su deformidad; vereis á aquella pobre familia luchar desesperadamente con la miseria y contar las horas de su existencia por siglos de agonía y desaliento...

El padre de aquella familia ha gozado alguna vez los favores de la fortuna, ha sido educado lo mismo que vosotros, tal vez ha sido considerado y respetado por las gentes, tal vez ha elevado á los que hoy le ven con humillante indiferencia; pero un día la mudable fortuna se cansó de halagar su vanidad y le envió una desgracia, y en pos de esta otra, y otras despues, y llegó momento en que fatigado de luchar en vano y de revolverse inútilmente contra su destino, el desaliento se apoderó de su alma, cedió su voluntad, su inteligencia rendida ya, no tuvo un rayo de luz que iluminara las tinieblas de su espíritu... y la miseria hizo invasión en su hogar.

Un año pudo vivir estrechamente con sus propios recursos; durante ese tiempo, vivió lejos de sus amigos completamente aislado de la sociedad, y la sociedad se olvidó de él, y él que comenzó por dudar de la sociedad, acabó por aborrecerla.

Entrad en la habitación de ese hombre, y vereis como todo es contra la pobre familia; vereis cómo van desapareciendo uno por uno todos sus muebles, todas sus alhajas, todos sus vestidos; vereis qué de reclamaciones contra el infeliz, vereis cómo se le escarnece y se le insulta, vereis cómo se le arroja á la calle vereis cómo los hombres sus hermanos no le dejan mas que el misero lecho, quizás para que no pueda decir que no tiene sobre qué caerse muerto.

Este horrible drama termina algunas veces en una catástrofe; otras viene á ponerle término algun ser piadoso, ó la casualidad, que es árbitra de los destinos del hombre; pero las mas de las veces el pobre vergonzante sigue siéndolo, se resigna á vivir en la miseria y en la miseria vive, quizás abandonado de los suyos, —(que han tenido por su parte que procurarse los medios de no morir de hambre)—hasta que en un asilo de beneficencia ó en el lecho de un hospital devuelva á Dios su alma, sin que el mundo advierta su desaparición de entre los vivos.

Generalmente el pobre vergonzante es hombre honrado; si no lo fuera no moriria en el hospicio ó en el hospital; moriria en un presidio ó en un mullido lecho y rodeado de ociosos servidores, si hubiera tenido travesura suficiente y olvidado su dignidad, buscando la vida por uno de los mil medios que conocen los que viven en el mundo sin modo de vivir conocido.

El pobre vergonzante es lo que se llama un pobre hombre; mejor diré es un pobre hombre pobre.

La pobre vergonzante es viuda siempre: su marido ha sido militar de corta graduación, casado sin la real licencia necesaria, ó humilde empleado de escalera abajo, ó músico, ó profesor de partos, ó jugador de oficio, ó aficionado á meterse en lo que no le importaba y perseguido por opiniones.

Alguna pobre vergonzante se arriesga en las sombras de la noche y convenientemente recatada, á pedir limosna en las calles de Madrid; generalmente en tres ó cuatro horas apenas halla diez ó doce personas que se detengan un momento para sacar una moneda del bolsillo.

Hace algunos años hice conocimiento en el Prado con dos señoras, madre é hija, que todas las tardes concurrían á aquel paseo; nunca las habia visto acompañadas, siempre solas, apoyada la una en el brazo de la otra, y mostrando en el rostro la satisfacción de personas contentas con su suerte, y á quienes no preocupan las dificultades del presente ni los temores del porvenir.

Una tarde se hallaban sentadas á mi lado, en dos de las sillas, que han reemplazado á las beneméritas jubiladas despues de un siglo de servicio; llegóse el cobrador á mis desconocidas, y una de estas le alargó una moneda, que era mas falsa que las palabras de los hom-

bres, segun el cantar, porque el cobrador se negó á aceptarla y exigió otra.

—¡Pues por buena nos la han dado! exclamó la madre visiblemente desconcertada.

—Pues por mala no la tomo, contestó el cobrador; y dirigiéndose á mí, añadió:—Vea usted caballero, ¿no es verdad que es de plomo?

Era una peseta inverosímil.

—Tome usted; contestó, alargándole cuatro cuartos y otra vez sea usted mas comedido con las señoras.

Y la madre y la hija se habian puesto de mil colores en dos minutos.

El cobrador se dió por satisfecho y nada contestó á mi reconvención que no tenia á la verdad, gran fundamento.

Diéronme las gracias las desconocidas, hablamos de la mucha moneda falsa que circulaba en aquella época, del verano y del invierno, de las distancias de Madrid, y de otras cosas á cual mas interesantes.

La tarde siguiente vinieron también á sentarse á mi lado; volvimos á hablar de lo mismo que la anterior, y además, de su estado, de la condición y de las condiciones de su difunto, que segun contaban, habia sido un gran personaje, de las reuniones que tenían *in illo tempore*, de la falta que hace un hombre en una casa, de las habilidades que tenia la niña en vida de su papá y que habia olvidado por no haber podido practicarlas despues que murió el pobre, etc., etc.

El tercer día me hablaron de que habian abandonado todas las buenas relaciones que tenían antes, de la carestía de los comestibles, de que el casero come á la mesa todos los días, y de otras mil cosas que fuera prolijo referir.

El cuarto me decidí á acompañarlas: á duras penas conseguí que entraran á refrescar en un café: entraron al fin, y á pesar de que nos hallábamos en pleno verano, madre é hija refrescaron administrándose un café con su tostada correspondiente.

Vivian en una calle muy estraviada, y en una casa de pobre aspecto. Aquel día, á pesar de que me hicieron repetidos ofrecimientos no subí á su habitación.

Tres meses continué reuniéndome con ellas en el Prado, y acompañándolas; durante los tres meses, ni un solo día dejaron de tomar café y tostada.

Esta manía, el lujo con que vestían, la pobreza de la casa en que vivían y otras cosas, me hicieron—perdóneme Dios—sospechar de aquellas pobres mujeres, y me decidí á despejar la incógnita y á procurar descubrir los misterios de su vida privada.

Pero me decidí muy tarde; porque el mismo día en que yo contaba comenzar mis averiguaciones, dejaron de presentarse en el Prado mis amigas.

Y pasó una semana, y continuó su ausencia.

Sospeché que estaria enferma alguna de las dos, y me dirigí á su casa; pero ya no vivían allí, y nadie supo darme razon de su existencia.

Pocos días despues tuve que salir de Madrid; seis meses duró mi ausencia y en todo ese tiempo, ni un solo día dejé de acordarme de mis amigas.

Cuando regresé á Madrid volví á buscarlas, y despues de cuatro días de inútiles pesquisas, me resigné á esperar que la casualidad me las deparase.

Una noche venia yo de un teatro con dirección á mi casa, cuando al volver una esquina me salió al encuentro una figura de mujer, que con voz profundamente conmovida, y estendiendo la mano hácia mí exclamó:

—¡Caballero! ¡una limosna por Dios á esta pobre vergonzante.

Quedé clavado á la acera y la voz de aquella mujer hizo estremecerse mi corazón...

Maquinalmente saqué de mi bolsillo una moneda de plata y se la alargué á aquella mujer, que la besó diciendo:

—¡Dios se lo pague á V. caballero!

—¡Doña Virtudes! exclamé, recordando perfectamente la voz de una de mis amigas del Prado.

Era ella, lector amigo, la que dió la peseta falsa al cobrador, la que tomaba café con tostadas en el rigor del verano, la viuda del gran personaje, la madre de aquella niña elegante y hermosa.

La pobre mujer nada contestó, dió un paso atrás y rompió á llorar, apoyándose en la tapia para no caer.

Procuré consolarla, me ofrecí á acompañarla á su casa, y la infeliz se dejó llevar, contestando monosílabos y palabras entrecortadas á mis repetidas preguntas.

Vivia en una boardilla miserable, que á nuestra llegada estaba completamente oscura; la viuda encendió un fósforo y toda la sangre se me heló en las venas.

En un rincón de la misera estancia habia un pobre lecho en el que dormia la hija de la viuda.

—Dejémosla dormir, dijo la madre; se moriria de vergüenza si le viera á usted aquí.

—¿Pero está enferma?... pregunté.

—Sí señor, muy enferma; la pobre ha sufrido tanto!

No pude contener una lágrima al contemplar aquella hermosa niña, devorada por la fiebre, y al considerar que quizá estaria en aquel momento soñando venturas, para ver al despertar el abandono y la miseria.

Y soñaba en efecto la desventurada joven.

—Me lo haré de gasa, decia...—Ya no se llevan capotas blancas...—Mamá, compraremos unos adornos de terciopelo...

¡Cuánto debía sufrir aquella madre!

Yo insté á la desgraciada á que me dijera cómo había venido á caer en tal extremo de horrible miseria, pero la viuda temía que su hija se despertara, y me rogó que le permitiera guardar silencio hasta el día siguiente, suplicándome al mismo tiempo que le diera las señas de mi casa para venir ella misma, con objeto de que su hija no se enterase de nuestra conversacion.

—¡Se moriría de vergüenza! repitió la afligida señora.

Con cierto rubor la ofrecí todo el dinero que llevaba en el bolsillo, y ella lo aceptó, diciendo.

—¡Por mi hija! ¡por mi pobre hija!

Y me despedí de la triste señora hasta el día siguiente.

(Se continuará.)

CARLOS FRONTERA.

Segun observan varios periódicos, llaman la atención de los artistas y de los anticuarios en algunas literias las primeras páginas que del *Libro de las tablas* llevan publicadas los señores Janer y Lozano, oficial del cuerpo de Archivos y Bibliotecas el primero, y pensionado que ha sido para el estudio de la pintura en Roma el segundo. El *Libro de las tablas* fue mandado escribir por el célebre rey don Alfonso el Sabio, y se conservaba hasta hoy desconocido é inédito. Los señores Janer y Lozano lo publican enteramente conforme con el código original, en facsimile exacto de sus viñetas y páginas con colores, de modo que tener su publicacion equivale casi á poseer el código, cuya pérdida, si algun día llegase á acontecer, seria mucho menos sensible.

Como dice el prospecto de esta publicacion casi monumental, á la altura á que han llegado en Europa los estudios literarios, artísticos y arqueológicos, no es suficiente el conocimiento superficial de los mas preciosos monumentos de la Edad Media. El objeto de los señores Janer y Lozano es dar á conocer las mas importantes joyas literarias y artísticas españolas de aquella época con una exactitud y delicadeza desconocidas hasta el día, con el fin de que por medio de facsimiles rigurosamente exactos puedan apreciarse en todos sus detalles lo mismo las bellezas que los defectos. El *Libro de las tablas*, mandado escribir por el rey don Alfonso el Sabio, y adornado de interesantes viñetas que representan las diversas suertes de este juego, es verdaderamente digno de ser trasmitido á la posteridad, facilitando su conocimiento y estudio á los artistas, á los bibliófilos y anticuarios de todos los países. No solo demuestra este elegante libro el estado del idioma castellano, la formacion paulatina del español y cuál era la paleografía de la época, sino tambien el estado de las bellas artes y de la ornamentacion en la corte de Castilla, los trajes, usos y costumbres de las damas y caballeros. Puede considerarse, en fin, como una verdadera preciosidad artística y literaria de la Edad Media, y en este concepto se publica con exactitud suma tanto en el texto como en el dibujo y colores de las viñetas, todo enteramente conforme con el código original.

EL MUSEO UNIVERSAL que aplaude cuanto es digno de la cultura de la nacion en que se publica, no solo cree digna de elogio la empresa de los señores Lozano y Janer, sino que se promete poder dar mas adelante en sus columnas un extracto de los juegos de libro tan peregrino, y aun dar á conocer á sus lectores por medio de grabados, alguna de sus mas interesantes viñetas.

HISTORIA DE UN PARAGUAS.

A mi amigo don Antonio de Trucua.

I.

NOTICIAS VARIAS.

«El vapor de guerra *Buena-fortuna*, su capitán monsieur Salomon Hercus, ha naufragado en el cabo de San Vicente. Una sola persona de la tripulacion ha logrado salvarse milagrosamente, habiendo perecido todas las demás en número de 97. Entre los pasajeros que conducía á su bordo, se cuentan los ricos capitalistas Mr. Hudson y hermanos, y el joven marqués de la Ventura, que procedente de New York regresaba á España, con objeto de tomar posesion de los cuantiosos bienes que le correspondian por herencia de su padre el difunto duque de la Esperanza.»

Sin quitar coma ni punto, trasladamos el suelto anterior que vió la luz pública en el *Revistero Matritense*, correspondiente al día 21 de abril del pasado año.

Entre los suscritores al *Revistero*, hubo muchos que leyeron la noticia del terrible naufragio sin manifestar la menor emocion: algunos espresaron un ligero senti-

miento de misericordia y muy pocos recibieron la triste nueva con verdadero y profundo dolor.

La hermana del joven y malogrado marqués de la Ventura, lloró amargamente esta segunda desgracia que la privaba de todo apoyo en el mundo... Otra joven, bien hermosa por cierto, sintió tambien con este golpe herido su corazón en lo mas íntimo... ¡era la prometida del marqués!

II.

RECTIFICACION.

Algunos dias mas tarde, recibió la hija del duque una carta concebida en los términos siguientes: «Tengo la inmensa satisfaccion de participar á usted que en el suelto publicado por el *Revistero de Madrid*, referente al naufragio del vapor *Buena-fortuna*, se ha padecido una terrible equivocacion al anunciar como cierta la muerte del marqués de la Ventura. El hermano de usted pudo salvarse del peligro, merced á una coincidencia estraña, y muy en breve tendrá el placer de estrechar á usted en sus brazos.—Pascual Bailon de Buendía.»

Sobre poco mas ó menos, otra carta semejante fue remitida á la hermosa joven de que hicimos mencion en el anterior capítulo.

La prometida del marqués, recibió esta agradable noticia con una satisfaccion verdaderamente profunda.

En cuanto á la hermana, no podemos decidir si el sentimiento de perder la rica herencia que le correspondia exclusivamente no existiendo el marqués, desapareció ante el consuelo de tener un apoyo en el mundo... Hay quien dice, sin embargo, que sus negras cejas se contrajeron por un movimiento de disgusto al leer el billete que arriba copiamos, y que el inofensivo papel fue arrojado al fuego despues de terminada su lectura.

III.

EN TEMBLEQUE.

Piiiiiiiiichs...

—¡Tembleque! grita una voz potente como el estallido del trueno.

Ya comprendereis que estamos en el ferro-carril de Levante, y que el tren se ha detenido en la estacion de Tembleque.

Por todas partes van y vienen empleados de la empresa, suben y bajan pasajeros, y el ruido que produce tanta animacion acompañado del que hacen las portezuelas de los coches, del silbido de la máquina y de las voces de los dependientes y vendedores, forman un conjunto que tiene algo de monstruoso y algo de risueño.

—¡Al fin nos separamos! dice un elegante joven que ocupa su asiento en un coche de primera clase, tendiendo la mano á otro caballero no muy viejo que se apea del mismo.

—Con harto sentimiento mio: responde el interpelado. Espero, sin embargo, que no olvidará usted la buena amistad que me ha inspirado...

—Y á la que correspondo con toda mi alma.

—Adios, pues, amigo mio. Félix Baeza en Córdoba.

¿Se acordará usted? —Mientras viva: replicó el joven entregando una tarjeta á don Félix —Ahí lleva usted mis señas: cuente siempre con mi inútil estimacion.

En la tarjeta que don Félix recibe del joven dandy, se distingue un escudo de armas y el nombre del marqués de la Ventura, litografiado con letras de oro.

Los dos nuevos amigos se estrechan cordialmente las manos, y se despiden con las mayores muestras de recíproco afecto.

Don Félix se dirige á la estacion: el marqués sigue colocado en su asiento, investigando lo que ocurre mas allá de la portezuela del coche: pero al fijar una mirada en el sitio que acaba de desocupar su compañero de viaje, observa que entre los almohadones ha quedado un paraguas perteneciente sin duda á don Félix.

El señor de Baeza, se dispone entre tanto á tomar su asiento en la diligencia que parte para Sevilla.

—¡Don Félix, don Félix! gritó el marqués.

El interpelado que tiene ya un pie en el estribo de la berlina, corre hácia el interpelante.

—Se ha dejado usted aquí una prenda: dice el marqués á Baeza entregándole el paraguas.

—Amigo mio, este objeto no me pertenece, contesta don Félix, devolviendo el paraguas. El mio va guardado en la maleta. De cualquier modo debo dar á usted las gracias...

Repítense de nuevo los ofrecimientos entre los dos amigos, y terminada la salva de saludos y genuflexiones se despiden por última vez.

El marqués de la Ventura se persuade que el paraguas no pertenece á ninguno de sus compañeros de viaje; pues nadie lo reclama como suyo, y en este caso no halla ilícito el apropiárselo.

—¡Riiiiii...! ¡Zagala! ¡Coronela! ¡Yai, yai...!

La diligencia para Sevilla escapa como alma que lleva el diablo, levantando una espesa nube de polvo.

Piiiiiiiiichs...

El tren se prepara á continuar su viaje hácia Valen-

cia. El movimiento de impulsión es al principio lento y magestuoso: pero gradual é insensiblemente va adquiriendo tal fuerza de velocidad, que pronto la vista mas perspicaz solo puede distinguir una ligera nubecilla de humo recostada sobre el horizonte.

Al cabo de quince minutos, nada se distingue.

IV.

EN VALENCIA.

—Caballero, una tartana...

—Yo llevaré á usted al Grao por dos pesetas.

—¿Necesita usted casa, señorito?

El marqués de la Ventura rompe á duras penas el círculo de tartaneros y galopines que le rodea, y dirigiéndose al único carruaje decente que se halla en la plaza del tren, encarga al conductor le lleve á la fonda del Cid.

Pocos momentos despues, el elegante joven había sido instalado en una lindísima habitacion del celebrado hotel.

V.

MISTERIOS.

«Teatro principal.—Funcion extraordinaria para hoy 6 de junio de 18... á beneficio del primer actor don Simplicio Silva y Corredera.—1.º *Sinfonia de los Hotentotes*.—2.º la aplaudida comedia en tres actos original y en verso, titulada: *Este Mundo es un fanango*.—3.º el juguete bailable denominado: *Tirios y Troyanos*.—4.º la divertida pieza en un acto cuyo título es: *¡Ya pareció aquello!*—5.º y último: baile nacional.»

El programa de tan magnífica y variada funcion, se anunció al público por medio de colosales cartelones en que la brocha había reproducido las mas estupendas peripecias de la comedia, y en hojas sueltas que se repartieron por los cafés y á domicilio.

El marqués de la Ventura, encargó á un mozo de la fonda le comprase á cualquier precio una butaca para asistir aquella noche al teatro.

Al cabo de tres horas, y poco antes de comenzar la funcion, volvió el criado con la butaca que había logrado adquirir por quinta mano, mediante la corta retribucion de cuarenta y dos reales.

A las ocho de la noche salió de la fonda el elegante marqués, dando orden á un sirviente para que le enviase un carruaje á la puerta del teatro á fin de no volver á pie.

El cielo estaba encapotado y amenazando lluvia, por cuya razon nuestro dandy antes de arrojarle á la calle creyó prudente armarse de paraguas. El paraguas de que echó mano, era el mismo que había encontrado en el coche del ferro-carril.

Cuando atravesaba el umbral de la puerta, dos ojos pertenecientes á una cara juvenil y risueña se fijaron en la persona del marqués, que no observó esta circunstancia.

La cara á que nos referimos, había aparecido al través de los vidrios de una tartana.

Poco despues el legítimo dueño de aquella cara, se apeó del carruaje y penetró en la fonda, seguido de un mozo que conducía una maleta y dos sombrereras.

En el semblante del nuevo huésped, se había verificado una rápida y admirable trasformacion. Antes de abandonar la tartana, su fisonomía era una imitacion de la de Momo. Al penetrar en la fonda, se revelaba en sus miradas cierto disgusto interior, y sus labios ligeramente contraídos espresaban un principio de desconfianza.

VI.

A LA SALIDA.

Era de noche.

Un reló daba las doce y un sereno las cantaba.

El cielo, que cuatro horas antes se había encapotado amenazando lluvia, en el momento á que nos referimos se destilaba en lípidos torrentes, segun la espresion de cierto poetastro harto conocido.

Caía el agua que era una benición de Dios.

Las puertas del teatro principal se abrieron, y la multitud de concurrentes á la funcion, detenida por el líquido espectáculo que se le ofrecia como fin de fiesta, vaciló un instante entre posesionarse del átrio ó aventurarse á nadar en los arroyos.

Gracias á una ligera indicacion de los porteros del teatro, la concurrencia se resolvió á abandonar aquel asilo, lanzándose valerosamente á la calle.

Y era de ver el continuo movimiento de las tartanas, especie de nichos ambulantes, símil á que daban todavía mas propiedad la pálida y débil luz de sus económicos faroles y la profunda oscuridad de la noche.

Entre los caballeros de á pie, había muchos que previendo el lance, salieron de sus casas acompañados del indispensable paraguas, motivo en semejantes circunstancias de originales y curiosas aventuras.

Ya dijimos que el elegante marqués se había armado del suyo; es decir, del que encontró en el coche del tren.



FELIPE II IMPLORANDO EL AUXILIO DE LA DIVINA MAGESTAD.

(CUADRO ORIGINAL PINTADO AL ÓLEO POR DON ALFREDO PEREA, Y QUE SE REGALA A LOS SUSCRITORES DE EL MUSEO.)

Esperaba á nuestro protagonista el carruaje que debia conducirle á la fonda; pero el jóven lejos de hacer alto en esta circunstancia, permanecia quieto en el pórtico del teatro.

Muy cerca de él habia algo que llamaba su atencion.

Y lo que llamaba la atencion del marqués, era una lindísima muchacha que seguida por un caballero de luengo bigote cano y una señora de respetables formas y presencia, cruzaba lentamente el espacio que media entre el teatro y la calle de las Barcas.

Es de advertir que esta familia no llevaba paraguas, ni habia carruaje alguno que la esperase.

El marqués ignoraba quién fuese aquel caballero que daba el brazo á la señora, y por consecuencia, no muy lógica en verdad, ignoraba tambien el nombre de la encantadora jóven que les precedia.

Nosotros tampoco sabemos por ahora ninguna de estas circunstancias, pues no pertenecemos á la privilegiada clase de novelistas, que merced á una rara intuicion adivinan los mas secretos pensamientos de los personajes que retratan.

Pero tamaña ignorancia no era obstáculo para que el dandy deseara por todos los medios posibles entablar negociaciones secretas con la hermosa niña que le habia hechizado.

El cielo proporcionó al marqués uno de esos medios hábiles y del momento.

Seguia lloviendo á mas y mejor: la ocasion no podia ser mas favorable.

El de la Ventura se acercó al caballero de los grandes bigotes.

—Permítame usted, le dijo, que tenga el honor de acompañarle como á estas señoras en mi carruaje...

—Doy á usted un millon de gracias por su atencion, pero estas señoras no gustan ir en coche... se marean con el movimiento...

—En ese caso, suplicaré á usted se sirva aceptar el paraguas... ¡llueve tanto!

—Efectivamente: pero usted comprenderá, que cuatro personas bajo una sombrilla de las que se usan ahora...

El marqués interrumpió la frase.

—¡Simon, Simon! gritó al cochero.

Acercóse el auriga conduciendo el carruaje.

—Dame tu paraguas y retírate: yo volveré solo á la fonda.

No le quedaba, pues, al caballero de los bigotes salida justificada para rehusar la nueva oferta del jóven. Aceptóla no sin alguna repugnancia, que se manifestó francamente en su severo semblante.

Pero las repugnancias del papá, importaban poco al enamorado doncel que habia logrado el principio de su aventura.

Lo que sí le importó mucho, fue que por una hábil evolucion las dos señoras se unieron ocupando la vanguardia, quedando él por consiguiente á retaguardia destinado á servir de adlátere al respetable y antiguo señor.

En esta disposicion emprendieron la marcha, que terminó algunos minutos despues á la puerta de una elegante casa situada en la plaza de la Aduana.

Durante el corto paseo, el impaciente marqués trató de indagar cuantas circunstancias pudieran interesar al logro de sus deseos. Pero el amigo de los bigotes adivinando el fin de su mal simulada curiosidad, le contestaba á todo con evasivas, hablando poco y nada de importancia.

Cuando hubieron llegaron al punto de parada, el anciano caballero entregó el paraguas al marqués, repitiéndole millones de gracias por el favor.

La señora que parecia ser e-posa del viejo, imitó á este agradeciendo la atencion del jóven y devolviéndole el otro paraguas.

—Suplico á ustedes, dijo entonces el marqués, tengan la amabilidad de guardar este mueble hasta mañana que enviaré por él. Un hombre con dos paraguas no puede manejarse.

—Por mucho trigo, nunca es mal año: replicó el bigotudo con alguna sequedad.

—Caballero, añadió la respetable señora: sírvase usted dispensar á mi esposo... Tiene algunas rarezas, pero prescindiendo de ellas es muy bueno...

Y diciendo estas palabras, tomó de nuevo el paraguas que habia entregado al marqués.

El paraguas en cuestion, era el mismo que el jó en sacó de entre los almohadones del coche.

Despidiéronse con la mayor ceremonia quedando la familia en su casa, y regresando el jóven á la fonda, no sin hacerse por el camino algunas reflexiones acerca de la aventura...

En medio de sus reflexiones, aparecia la sombra de un profundo disgusto.

Y tenia razon para estar disgustado. El caballero de los bigotes al despedirse de él, no le habia ofrecido la casa.

(Se continuará)

JOSÉ GARAY DE SARTI.



AVISO A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

El cuadro ofrecido de regalo á los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL, se halla espuesto en la librería de los editores, calle del Príncipe, número 4.

Este cuadro, original de don Alfredo Perea y Rojas y que representa á *Felipe II implorando el auxilio de la divina magestad*, estuvo espuesto en la Esposicion de 1860 y publicamos un grabado de él en EL MUSEO del mismo año.

Con este número se reparten á todos los suscritores los billetes que les han correspondido para la rifa del citado cuadro que se ha de celebrar en Madrid el día 24 de diciembre de este año. Corresponde un billete á cada suscriptor con seis números cada uno.

Se entregará el cuadro al que presente el billete que lleve el número igual al que obtuviere el premio mayor de la lotería que se ha de celebrar en Madrid el 24 de este mes.

Las reclamaciones se atenderán únicamente hasta el 23 víspera del sorteo.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.